

IRIS

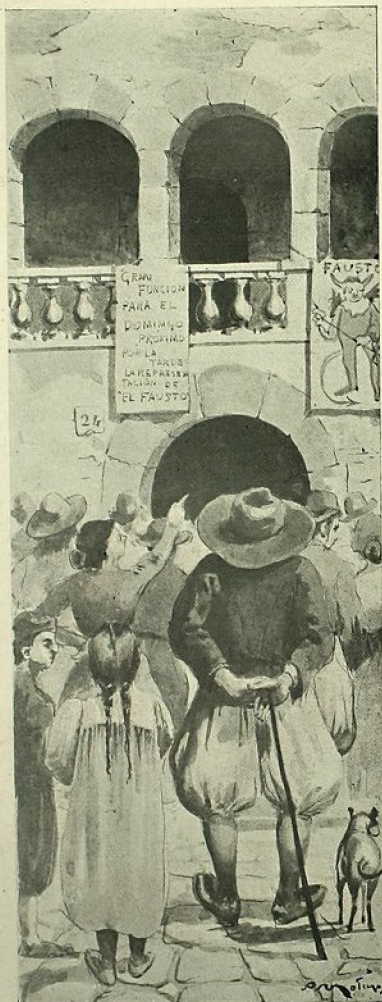


NUM. 152

BARCELONA, 5 ABRIL 1902

Ayuntamiento de Madrid

25 CÉNTS.



— Vosotros sois unos tíos embusteros. Esto no es el *Fausto* ni Cristo que lo fundó. *Sus* habéis querido burlar de nosotros y *nos* voy a meter en la cárcel...

Entendiendo los espectadores que aquellos forasteros habían ido al pueblo para burlarse de su can-

"EL FAUSTO" DE JUAN RANA

Llegó a un pueblo de la Mancha cierta compañía de cómicos de la legua a representar su pomposo repertorio en un teatro que que habían construido algunos aficionados de aquel lugar, pero las faenas agrícolas, la indiferencia de los labriegos y la escasa valía de los comediantes fueron causa de que el negocio fracasara. Con objeto de resarcirse de las pérdidas de toda la semana, el director de la compañía, que era el popularísimo Juan Rana, anunció para el domingo próximo por la tarde la representación de *El Fausto*.

Nada tenía que ver con Goethe el espectáculo que se anunciaba, si no que era un engendro del propio Juan Rana, en el que aparecían demonios, brujas, duendes, ángeles, princesas y soldados, todos los cuales dieron motivo a que el autor pintara varios lienzos llenos de extravagantes figuras que, colgados en los balcones del Ayuntamiento, anunciaron ruidosamente la función del domingo por la tarde.

El recaudador de contribuciones, que a la sazón se encontraba en el pueblo, al ver que la compañía de Juan Rana anunciaba la representación de *El Fausto*, con objeto de lucir su ilustración y perspicacia, dijo al Alcalde y a los Concejales:

— Estos cómicos tratan de explotar su ignorancia de ustedes, y, confiados en ella, anuncian la representación de *El Fausto*, que es ópera, y pondrán en escena cualquier mamarracho para explotar a este pueblo y salir después riéndose de la simplicidad de sus vecinos.

El Alcalde que como buen manchego era receloso y tenía mucho amor propio, no respondió nada al cobrador de contribuciones, pero hizo interior propósito de no pasar plaza de ignorante y de que los cómicos no lograsen impunemente la burla que se proponían.

Llegó, pues, el Alcalde con todos sus amigos el domingo por la tarde al teatro, donde el vecindario, atraído por los cartelones, ocupaba todas las localidades.

Se levantó el telón y apareció Juan Rana vestido de demonio; más colorado que un pimiento riojano, con un rabo de seis palmos y grandes cuernos dorados en la rizosa peluca, que era de lana teñida de rojo; pero, apenas había pronunciado veinte palabras, cuando el Alcalde, poniéndose de pie sobre su banco de madera y agitando furioso su bastón con borlas, exclamó a grandes voces:

dic
ron
tre
pa

ral
pu
mo
y s
seg
don
yer
den

san
blo
gua
civ
ano
yas
Jua

tad
pro
gua
suel
tó e
perc
ces
del
le p
el p
diab
mu
J
niñ
rads
que
vear
tan
dos
nead
acre
aque
quer
prop
pied
orden
nas
igles
al de
peca
Ju
may
nerse
dand
juela
porqu
leta d
bra d
Li
había

didez, rugieron como fieras, se arremolinaron todos, crugieron los bancos bajo sus pies tremendos y se lanzaron sobre el escenario para estrangular á los cómicos.

Se declaró en la escena la dispersión general; cada uno de los actores se refugió donde pudo y el infeliz Juan Rana vestido de demonio, con sus orejas de cartón, sus cuernos y su cola, saltó por las bardas del corral y seguido de algunos mozos, llegó al campo donde se perdió con rapidez vertiginosa, cayendo, al fin, jadeante y rendido en el lindero de una tierra.

Después que se repuso un tanto del cansancio y del susto, decidió dirigirse al pueblo más próximo, que distaba de allí tres leguas, á fin de pedir auxilio á la guardia civil y de avisar á sus compañeros. Llegó al anochecer á un kilómetro del pueblo, en cuyas eras había un muchacho que al ver á Juan Rana huyó despavorido, gritando: —¡El demonio, el demonio!

Más adelante, encontró á una mujer sentada sobre unas gabilas de paja, que tan pronto como le distinguió, después de santiguarse horrorizada, cayó sin sentido en el suelo. Acercóse á ella Juan Rana y la levantó en sus brazos con objeto de reanimarla; pero, el marido de ella, que apareció entonces por allí, y que vió á su mujer en brazos del demonio, lo cual aunque extraordinario le parecía muy lógico, corrió también hacia el pueblo dando voces, y diciendo que el diablo estaba en el lugar y se llevaba á su mujer por borracha y embaucadora.

La alarma producida por los espantos del niño y las exclamaciones del viejo, corroboradas por las afirmaciones de esas gentes que dicen que todo lo ven aunque nada vean, despertaron en el pueblo inquietud tan grande y zozobra tan extraña, que todos los vecinos salieron á las calles aguijoneados por la curiosidad y el miedo, que se acrecentaba con las tupidas sombras de aquella noche oscura. El Párroco del pueblo, queriendo aprovechar aquella ocasión tan propicia para reavivar y enardecer la fe y piedad amortiguadas en sus feligreses, dió orden al sacristán de que echara las campanas á vuelo para congregar los fieles en la iglesia, pronunciarles un sermón y conjurar al demonio, bendiciendo de nuevo á aquel pecaminoso vecindario.

Juan Rana dejó en el suelo la mujer desmayada porque no tenía fuerzas para sostenerse así propio, y cuando entró en el pueblo, dando tropezones por aquellas oscuras callejuelas, encontró todas las puertas cerradas porque los vecinos estaban en la iglesia escuchando el sermón del señor cura. Al llegar á cierta plaza le detuvo en una casa de dos pisos por uno de cuyos balcones se distinguía la luz interior y la sombra de una mujer cruzar algunas veces sobre los visillos.

Llamó Juan Rana en la puerta con intento de pedir hospitalidad y auxilio, y la mujer que en la casa había tiró del cordón y franqueó el paso sin preguntar quien llamaba, pero así que vió subir por las





se dió por satisfecho el párroco y llamó á su ama, al sacristán y á varios vecinos, que enterados del caso bebieron alegremente unas copas en compañía del demonio, y á los pocos días, con tan pomposo anuncio se representó en este pueblo *El Fausto* de Juan Rana con éxito fructuoso y extraordinario.

RAFAEL TORRONE

escaleras á la luz del candel la endemoniada figura de Juan Rana, comenzó á dar desaforados gritos, y bajando por otra escalera que comunicaba con el corral, salió á la calle para anunciar al señor cura la maligna visita que tenía en su casa.

Juan Rana que estaba medio muerto de hambre, decidió que si habían de matarle no le sorprendiera la muerte con el estómago vacío, y como en la cocina de aquella abandonada vivienda encontró de sobra algo que le satisficiera, comenzó á comer con la descompuesta gula de un demonio verdadero.

Mientras estas cosas ocurrían, el ama del cura, que era una mujer que había salido con tal espanto de la casa, entró en la iglesia é interrumpiendo al sacerdote en lo más interesante de su plática, le dijo á gritos con voz temblorosa y chillona:

—¡Señor cura, venga usted á casa que el demonio ha entrado allí!

El cura, que era el único en el pueblo que no temía á los espíritus infernales, y que por otra parte consideraba que los vecinos podían interpretar muy mal aquella endemoniada visita, levantó los brazos y con toda la fuerza de sus pulmones exclamó, dominando el tumulto:

—Si está en mi casa no es el demonio, si no un ladrón que se ha disfrazado de tal suerte para espantarnos y robarme con más facilidad. ¡Vamos en su busca!

El pueblo en masa salió precipitadamente de la iglesia dando formidables gritos y decidido á lynchar al picaro que de tamaña treta se valía; pero al llegar á la casa del cura encontraron en la puerta un sacerdote que les dijo con reposado acento: —Tranquílense ustedes; el demonio acaba de huir en cuanto le he echado la bendición.

Todos se tranquilizaron menos el cura, que al ver á aquel sacerdote desconocido, le preguntó:

—Y usted quién es?

—Yo soy,—respondió el interpelado sonriendo,—el cura ecónomo del pueblo vecino que he llegado esta tarde y traigo una carta del Prelado para usted.

Con esto, subieron los dos curas á las habitaciones altas, y tan pronto como estuvieron solos, el cura ecónomo se arrodilló á los pies del párroco y le confesó con lágrimas en los ojos que él era el célebre actor Juan Rana que le había tomado sus propios hábitos para disfrazarse, porque las desdichas de su vida le habían conducido á llegar al pueblo con el traje de Lucifer.

Después de mediar largas explicaciones,



RESURECCION

Las campanas anuncian ¡vida mía!,
que ese Dios que hace poco sucumbia
por nosotros clavado en una cruz,
vuelve al mundo á regir nuestro destino,
después de señalarnos el camino
que conduce al imperio de la luz.

Los pájaros tambien ¡Inés querida!
con sus trinos, nos dicen que á la vida
la alegre Primavera vuelve ya.
adornando los campos con sus flores,
entretanto que el Sol dá más fulgores
engarzado en la azul inmensidad.

Pues igual que ese Dios omnipotente
resucita por fin, alza su frente,
después de por nosotros perecer;
y lo mismo también que resucita,
la alegre Primavera antes marchita
y convierte el baldío en un vergel.

Así anuncian Inés en raudos giros
tus suspiros igual que mis suspiros,
que retorna á la vida nuestro amor,
que aquella antigua y extinguida llama,
resucita otra vez, que al fin se inflama
y el cariño conviértelo en pasión.

¿Porqué dudas ¡mi amor!? ¿Por qué vacilas?
Llega hasta mí que vea en tus pupilas
retratarse la azul inmensidad,
que me abrasen los rayos de tus ojos,
y su fuego me den tus labios rojos
convirtiendo mi pecho en un volcán.

Y entonces, como Dios nuestros amores
de los dos, han de ser los redentores,
han de ser de los dos, la salvación;
ven pues ¡bien mío! y lo pasado olvida
á gozar otra vez la fe perdida,
celebrando nuestra resurrección.

MANUEL MORA

J. Tillys



MUERTO DE DIDO

Ayuntamiento de Madrid



Me refiero á la carne de Valdetuános, pueblo de pocos vecinos en donde no se come ordinariamente más que oveja y solo hay vaca los días en que repican gordo.

La víspera de San Blas (patrón de Valdetuános) es costumbre en el tal pueblo asesinar una res todo lo más vacuna posible, y su reparto, á buen precio, entre los vecinos, es para estos un acontecimiento extraordinario.

Este año he tenido ocasión de presenciar el acto desde la misma carnicería. En ella permanecí toda la mañana de la víspera del santo, y como me llamó la atención mucho de lo que allí vi, se lo voy á referir á mis queridos lectores, á falta de otro asunto más interesante.

Menudillo, que así llaman por mal nombre al expendedor de la carne, tan pronto como consumó el asesinato, abrió al animal, y tan pronto como descuartizó al animal abrió el establecimiento.

Aglomeradas á la puerta esperaban el comienzo del despacho multitud de mujeres provistas de cestas y de platos, y dos horas antes de celebrarse la apertura de la carnicería ya habían surgido más de cuatro disputas sobre quién había de llevarse las mejores tajadas. Entre las mujeres había también algunos hombres, uno de los cuales era el *Tachuela chico*, novillo de última fila contratado para dirigir la capea al día siguiente.

Difícil empresa era para el pobre *Menudillo* complacer á todos los demandantes, pues la vaca difunta no tenía más patas, ni más costillas, ni más vísceras comestibles que las que ordinariamente suelen tener todas las vacas difuntas, aunque no sea en el día de San Blas.

Abierto, pues, el despacho y en medio de un mostrador muy grande y de un tumulto más grande todavía, bien pronto el infeliz carnicero se quedó en los huesos. ¿Porqué? Porque se le llevaron toda la carne.

La primera que llegó á *Menudillo* se le llevó la *asaíra*; es decir, lo mayor que tenía el hombre á disposición del público.

La alcaldesa, no sin aguantar la protesta de todas sus vecinas, consiguió, válida de su autoridad, que *Menudillo* quedara deslomado; porque le dejó sin lomo en un santiamén, estando á punto de provocar un conflicto de tomo y lomo.

La criada del médico le dejó sin las cuatro patas, no porque le hicieran falta á su señor afortunadamente, sino para demostrar á sus conocidas que tenía más ascendiente que ellas con el carnicero. Así es que al salir de la tienda, orgullosa de su compra, se esponjaba diciendo despreciativamente á cada vecina de las que veía cerca: —¡Anda, rabia, que yo tengo patas y tú no!



Una tal Ceferina, moza de servicio en casa del primer contribuyente del pueblo, saltó por encima de todas y pidió á *Menudillo* la lengua.

—¿La quieres descargada?—oí que la preguntaba el vendedor.

—No,—contestó la Ceferina.—Démela usted cargada, que ya me encargaré yo de dispararla cuando llegue el caso.

Y la muchacha, después de dejar un duro en el mostrador, desapareció de allí con la vuelta en el bolsillo y la lengua fuera.

Muchas mujeres llegaron á puñetazo limpio hasta el mostrador y fueron llevándose al menudeo todas las tajadas del animalote, no sin poner verde al expendedor por su *timidez* para dar corrido el peso. Aquello era, en efecto un robo descaradísimo que causaba indignación, aunque no sorpresa.

El ama del cura, testaruda como ella sola y amiga de llevar la contra á todo el mundo, le llevó la contra... tapa al carnicero, como era natural.

Los rifones produjeron algunas riñas.

Y finalmente, por la carne de falda fué en persona Don Agapito el farmacéutico, hombre tan entendido en conquistar mujeres como en preparar calomelanos.

El desventurado maestro de escuela fué quien no pudo llevarse nada y no por falta de actividad ni de previsión. Hubo de limitarse á olfatear la carnicería con verdadero entusiasmo después de terminada la repartición, y aun así y todo salió mejor librado que su familia, pues esta tuvo que conformarse con oler al maestro cuando regresó de la carnicería. ¡Ustedes calculen la sustancia que les llegaría á los infelices!

En suma; que el señor de *Menudillo* se quedó sin una sola pilitra que poder vender y mucha gente sin un triste despojo que poder comprar. Salíó pues el carnicero á la puerta con su mandil verde, su terrible cuchilla y sus manos ensangrentadas, y así dijo con aire de chunga al grupo que le rodeaba:

—Señores: se me ha ido como la espuma toita la vaca, que en paz descansen. ¿Y sabéis lo que sus digo? Que ya no me queda de carne más que una sobrina carnal.

Una sonora carcajada salió del grupo.

—Y que es,—añadió *Menudillo*,—una buena pieza ¡pero buena! ¿Quién la quiere?

—Yo,—respondió el *Tachuela chico*, que estaba chalaito por ella desde que la vió.

—Míá que te la tienes que llevar entera,—siguió diciendo *Menudillo* en tono de zumba.

—Mejor,—replicó el maleta.—¡Así es como yo la quiero!

Y efectivamente, el chulo se la llevó. ¿Para qué? Todos creíamos que sería para comérsela cruda. Pero no; después he sabido que el celoso del *Tachuela chico* y la perra de su madre la tienen *frita*.

Conque ya saben ustedes lo que suele ocurrir los días que repican gordo en la famosa carnicería de Valdetuéfano.



JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

¡QUE MALA SOMBRA!

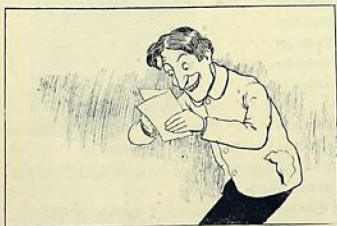
EXPRESIÓN POR XAUBARÓ



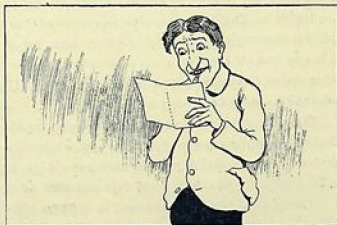
—¡Por fin carta de papá! ¡Me enviará dinero!



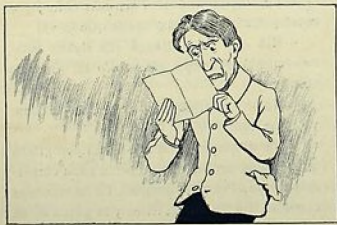
—Mi querido hijo: Por ser el día de tu santo te escribo...



... Por el correo de mañana recibirás 500 pesetas...



...las cuales aparte de otros encargos servirán...



—Ya sabes que te quiere tu padre

BLAS*

*P. D. A ti no te mando dinero porque no te perviertas...



—¡Que mala sombra tiene mi padre, y yo!

Con e
los señ
res el
album

Esta
tomas e
200 á 300
cubierta
tiene la
insignes
guos y
do aseg
tima pal
ción y la
las obra
la mayo
critud a
como el
Hasta
cados lo
El ase
Rojo, po
Magda
por L. J.
El tes
L. Steve
El cri
Usor, po
Orso, I
kewicz.
El Hij
Para p
nistració
za de Te

UNA JOL

No es
ha ocurr
El pastor
de Bridg
ba de con
de pront
que ilum
ron, por
faltaba f
sonal de
buscar v
ras de pe
rencia m
do uno
Federico
lantando
manifest
atrio un
trico, dot
en reserv
á lo mer
oferta fue
teria de l
contacto

REPOR

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 14.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkevicz.

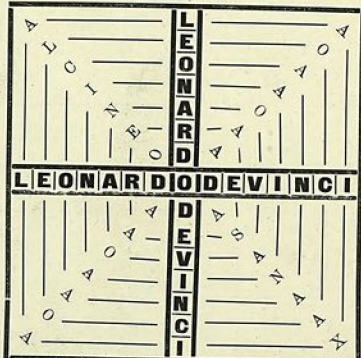
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

UNA IGLESIA ILUMINADA POR UN AUTOMÓVIL

No es menester decir que la cosa ha ocurrido en los Estados Unidos. El pastor Cirro Stinson, de la iglesia de Bridgeport (Connecticut) acababa de comenzar su sermón cuando de pronto las lámparas eléctricas que iluminaban el templo se apagaron, por la sencilla razón de que faltaba fuerza motriz. Todo el personal de la Church se ocupaba en buscar velas de esperma ó lámparas de petróleo para que la concurrencia no estuviese á oscuras, cuando uno de los presentes, Mister Federico Reach, se levantó y adelantándose hacia el *clergyman* le manifestó que había dejado en el atrio un magnífico automóvil eléctrico, dotado de suficiente energía en reserva para iluminar la iglesia, á lo menos por algún tiempo. La oferta fué aceptada al punto: la batería de la máquina fué puesta en contacto con los aparatos de la

iglesia, y el servicio pudo terminar como si nada hubiera pasado. El piadoso *chauffeur* tuvo naturalmente que marcharse á pie, pero no sin haber sido calorosamente felicitado por todos los fieles.

Solución al CUADRO ACROSTICO-ARTISTICO



LEONARDO DE VINCI

En la calle de Toledo un hombre cantaba así:
—¡Fuera todo callicida donde está el LADIVONSIM!

La solución en el próximo número

JEROGLIFICO, por Novejarque



SOLUCION AL JEROGLIFICO

DEL NÚMERO ANTERIOR

Nació la flor del almendro al par que mis esperanzas: ¡ojalá que ellas viviesen lo que esa flor en las ramas!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. F. L.—Tarragona.—El asunto es poco interesante y el metro empleado quedó fuera de circulación desde hace ya muchos años. Las redondillas en cambio, son fáciles y corrientes, y le felicito por ello, pero el caso está demasiado diluido y además crea usted que no es para conmovir á nadie, fuera del propio interesado.

A. B. R.—Córdoba.—Con muchísimo sentimiento no he podido insertar su artículo por haber llegado cuando estaba ya en máquina el número del 27 de Marzo, perdiendo así su oportunidad *relativa*, pues en absoluto es oportunísimo. Lo dejaremos para la próxima Semana Santa.

J. A. C.—Todo está muy bien, pero solo publicaré el artículo; la novela rápida resultaría demasiado... usted me entiende.

Y. O.—Barcelona.—Perfectamente. Irá el cuento.

F. G.—Madrid.—Le suplico se sirva decirme el número en que se publicó la poesía para enviárselo.

J. Y.—Barcelona.—Creo que sus décimas se perderían en el vacío, pues se ha hablado ya demasiado del asunto. La poesía que envié hace algún tiempo *está llamada á aparecer*, pero eso depende de las exigencias del ajuste, sin que tengan nada que ver las otras firmas.

S. A.—Lérica.—Recibíéronse originales á que se refiere, pero lo mismo estos que los demás tardarán algún tiempo en aparecer, pues no es posible dar salida á la vez á tantos materiales.

R. B. T.—Valencia.—Benito es el cuento, pero como habría de tardar bastante en publicarse, por exceso de original, perdería su oportunidad.

M. M.—Madrid.—Irá la poesía.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA LÉRCICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

GRECIA



INFANTERÍA: SOLDADO VOLUNTARIO